



TUDO LO QUE ENTERRAMOS

Xavier Majó Nieto

TODO LO QUE ENTERRAMOS



Primera edición: abril de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Xavier Majó Nieto

ISBN: 979-13-88195-48-8

ISBN digital: 979-13-88195-49-5

Depósito legal: M-10456-2026

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Como siempre, gracias a Enric y Mikel
por abrirme las puertas a este mundo.
A mis padres y a Elisenda, por su apoyo constante.
Pero, sobre todo, a mis abuelas, que deberían ser eternas.*

PARTE PRIMERA

*«Debemos protegernos, siempre estaremos expuestos ante el nuevo mundo.
Hoy por ti, mañana por mí».*

JULIÁN DE LA TORRE

CAPÍTULO PRIMERO: DE VUELTA A CASA

No tenía pensamientos oscuros, por ahora.

Volverían.

El distante y borroso pasado permanecía escondido en un rincón de su mente.

Sentado en un banco frente a un ventanal, Gonzalo observaba cómo los aviones despegaban y aterrizaban mientras el océano Pacífico se extendía en el horizonte, imponente y sereno. En el aeropuerto internacional Kingsford Smith, la calma que lo envolvía contrastaba con el bullicio de viajeros y despedidas apresuradas. Después de meses de intensas jornadas al frente de su equipo, había disfrutado de dos semanas de descanso en Sídney con Irene. La fatiga acumulada se había disipado gradualmente, y ahora experimentaba una sensación de bienestar que, según él, merecía.

De pronto, una voz aguda rompió su ensimismamiento.

—¡Vamos, amor! —exclamó Irene—. Ya he pedido el desayuno.

Gonzalo giró la cabeza hacia ella. Irene era, a sus ojos, una mujer deslumbrante: rubia, de ojos verdes que irradiaban vitalidad y de complexión delgada. Siempre vestía con faldas largas y vaporosas de tonos suaves, y adornaba su esbelto cuello con delicadas joyas que resaltaban su feminidad. Años atrás, después de muchas dudas, se había sometido a una operación de aumento de pecho. No porque ella lo deseara realmente, sino porque sentía que debía hacerlo por su marido. Nunca se lo había pedido, aunque las indi-

rectas y los comentarios sobre otras mujeres la habían empujado a tomar la decisión. Quería ser perfecta para él, encajar en la imagen que esperaba de ella.

—Perdona —respondió, levantándose con calma del asiento—. Estaba disfrutando de estas vistas por última vez.

—He pedido diez Weet-Bix; sé que te encantan. Tenemos que ir a recogerlas.

A Gonzalo le fascinaban esas galletas típicas australianas, parte esencial de su desayuno durante la estancia en el hotel.

—¡Cómo me conoces! Podríamos acompañarlas con algo para beber; ¿qué te apetece?

Desde el inicio de su relación, Gonzalo había decidido que Irene viviría como una reina. Ambos se conocieron mientras estudiaban ADE y Derecho en ESADE. Allí comenzaron a salir y, desde ese momento, insistió en que Irene no trabajase. Gonzalo mantenía una visión tradicional: el hombre debía garantizar que su pareja no tuviera preocupaciones económicas.

—¿Qué te parece un zumo de naranja? Aunque dudo que se parezca al que tomábamos viendo el ocaso en el puerto.

Habían visitado el Park Hyatt Sídney en cuatro ocasiones, desde que lo descubrieron en su luna de miel. El lujo del lugar, aunque costoso, siempre valía la pena para Gonzalo.

—Puede que no sea igual, pero me apetece uno recién exprimido. Quédate aquí cuidando las maletas mientras voy a buscarlo.

Mientras caminaba por los amplios pasillos del aeropuerto, Gonzalo reflexionaba sobre su vida. A pesar de que rara vez se permitía tales pensamientos, se sentía afortunado. Sin embargo, en su día a día, solía ser rígido y malhumorado, especialmente con sus trabajadores, a quienes no dudaba en calificar de vagos o incompetentes. Su temperamento impulsivo le había llevado incluso a enfrentamientos físicos con algunos de ellos.

Finalmente, encontró una cafetería. Pidió un zumo de manzana y uva para él, y de naranja para Irene. No pudo resistirse a comprar unos *lamingtons*.

Su afición por los dulces no se reflejaba en su físico, ya que jugaba al tenis casi a diario con su viejo amigo, Borja Dumont, que había sido una figura clave en su vida. Aunque Gonzalo tardó más en graduarse debido a las responsabilidades de la empresa familiar, Borja lo apoyó siempre, prestarle los apuntes fue esencial para que pudiese terminar sus estudios.

Además, su tío Agustín jugó un papel crucial en esos años. Cuando Gonzalo tuvo que asumir la dirección parcial de la empresa familiar, Agustín se encargó de las operaciones más complejas, permitiéndole compaginar sus estudios y su trabajo. La confianza y los consejos de su tío habían sido fundamentales para que Gonzalo se convirtiera en el empresario que era hoy.

Cuando regresó junto a Irene, compartieron el desayuno mientras recordaban los mejores momentos de su viaje.

—Hemos tenido mucha suerte con el tiempo estos días —comentó Gonzalo—. Nada que ver con aquella vez que pasamos cuatro días encerrados en el hotel por las tormentas.

—Este ha sido el año en el que más he disfrutado —respondió ella con una sonrisa, mirándolo con ternura—. Y también en el que mejor hemos estado como pareja.

Era cierto. A menudo, sus encuentros prolongados desembocaban en discusiones, pero esta vez parecía que ambos habían madurado. Gonzalo, de veintinueve años, e Irene, de veintisiete, llevaban cinco años juntos, casi cuatro de ellos casados. Él le había pedido matrimonio en su primera visita a Australia, durante una cena en el exclusivo restaurante Sixpenny, en la calle Percival.

Tras facturar las maletas, se dispusieron a esperar.

El vuelo iba con retraso.

CAPÍTULO SEGUNDO:

ANSIEDAD

Seguían esperando a que se actualizase el luminoso cartel de los vuelos y se anunciase alguna novedad por megafonía. Irene y Gonzalo permanecían sentados en un largo banco, sin preocuparse por las pesadas maletas ya facturadas. Gonzalo, impaciente, comenzó a mover su pierna izquierda de forma incontrolada. Su talón golpeaba y dejaba de tocar el suelo en un ritmo frenético, transmitiendo una vibración molesta al banco. Detestaba las esperas. Estas lo agobiaban y encendían en él un deseo casi instintivo de fumarse un cigarrillo. Recordó que llevaba un paquete de Marlboro Gold en su gabardina, pero sabía que Irene detestaba ese hábito. Prefería no mencionarlo. Sin embargo, lo que más molestaba a Irene en ese momento no era que él quisiera fumar, sino el temblor constante del banco bajo ella.

—Vete a fumar, anda —dijo con una sonrisa apenas perceptible, ladeando la cabeza.

—En diez minutos estoy aquí —poniéndose de pie con rapidez y dirigiéndose al cartel que señalaba *smoking area*.

Gonzalo llegó a la zona de fumadores. Allí, encendió su primer Marlboro Gold del día y aspiró profundamente el humo. Mientras lo exhalaba, su mente lo llevó de vuelta al pasado. Recordó el momento en que comenzó a fumar, a los dieciséis años, como una manera de lidiar con la tristeza tras la muerte de su padre, Julián, en un accidente de tráfico. Aquella tragedia marcó un antes y un después en su vida.

De niño, soñaba con estudiar comunicación audiovisual, pero, a medida que crecía, comprendió que su destino estaba en el negocio familiar. Julián siempre le había inculcado la importancia del dinero, el poder y el respeto, y esas palabras resonaban en su mente constantemente. Para Gonzalo, estas tres cosas eran las únicas verdades universales.

Después de fumarse tres cigarrillos, guardó la cajetilla en el bolsillo de su gabardina y regresó al banco donde Irene lo esperaba. Ambos intentaron matar el tiempo conversando, pero las constantes miradas al reloj y al cartel de vuelos hacían que la espera pareciera interminable.

Pasada una hora, decidieron dar un paseo para estirar las piernas. Paseaban ligeramente cogidos de la mano mientras hablaban de su regreso a la rutina. Al cruzar un pasillo, vieron el mostrador de Qatar Airways y se acercaron a pedir información. Una joven recepcionista, de no más de veinticinco años, los recibió con una sonrisa educada.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó en un inglés claro y amable.

—Mire, señorita —dijo Gonzalo, conteniendo la respiración—. Llevamos esperando más de hora y media sin que nadie nos diga nada.

—¿A dónde se dirigen? —respondió ella con calma.

—A Barcelona, con escala en Hong Kong.

El rostro de la recepcionista cambió al comprender la situación.

—Lamentamos mucho la demora. Antes de nada, quisiera pedirles disculpas en nombre de nuestra aerolínea. Además, queríamos ofrecerles...

—No me cuente usted su vida —interrumpió, con los músculos de su mandíbula tensos—. ¿Cuánto tiempo más vamos a estar aquí?

—Según la última información, no podrán embarcar antes de las tres de la tarde.

«Llevo aquí desde las nueve y media y me vas a hacer perder el día», pensó mientras buscaba algo que lanzar. Finalmente, cogió un

manejo de papeles publicitarios del mostrador y los arrojó sobre la mesa con fuerza.

—Vergüenza os tendría que dar —añadió Irene antes de seguirle, dejando a la recepcionista visiblemente sonrojada.

De regreso al banco, Irene intentaba calmar a su marido, pero seguía visiblemente alterado. Decidieron pasar el tiempo revisando redes sociales y jugando al *Candy Crush* hasta que llegó la hora del almuerzo.

Buscaron un restaurante en el aeropuerto. Gonzalo deseaba con ansias repetir la carne de cocodrilo que había probado durante su estancia en la ciudad. Sin embargo, ningún restaurante la ofrecía. Un camarero le explicó que era algo poco común incluso en Australia.

Finalmente, optó por un pastel de pollo al *curry*, mientras Irene pidió una hamburguesa de kale y quinoa con remolacha.

—Qué raros son estos australianos —comentó Gonzalo mientras movía el tenedor con desgana—. Le echan remolacha a cualquier cosa.

—¿Recuerdas cuando te la pusieron en la hamburguesa? Qué cara pusiste.

Gonzalo dibujó un rictus amargo.

—Y al canguro a la parrilla, a la ensalada... Estoy harto de ese puto tubérculo.

Ambos rieron, dejando momentáneamente de lado la frustración por la espera.

Después de comer, comprobaron el cartel de salidas. Por fin, el embarque estaba programado para las dos y media, en la puerta B214. Antes de dirigirse allí, tomaron una pastilla para dormir que habían comprado en una farmacia del centro de Sídney.

En el embarque, avanzaron por la fila de *business class* con tranquilidad. Gonzalo sonrió con satisfacción al ver la interminable cola de los pasajeros en clase económica.

«Por algo hemos pagado tanto por el vuelo», pensó mientras mostraba su documentación, a la vez que miraba a su izquierda.

Tras pasar por el *finger* y recibir las disculpas por parte de la aerolínea, se acomodaron en sus asientos. Tres azafatas explicaban qué hacer en caso de emergencia, él ojeaba una revista de coches que le habían ofrecido hacía unos instantes.

A su derecha, vio que su mujer ya estaba en el quinto sueño. Al despegar, sintió que su cuerpo empezó a relajarse hasta quedarse aturdido en menos de diez minutos.

Se le venían un conjunto de buenos recuerdos a la mente: cuando conoció a Irene, su primera fiesta, momentos de la infancia con su padre, Tailandia... Entre esas vivencias, también evocó su peor remembranza.

Era el vigésimo primer cumpleaños de Borja Dumont. Para celebrarlo, decidieron ir con su grupo de amigos al club Eclipse, uno de los locales más prestigiosos de Barcelona, situado en la planta veintiséis del hotel Vela.

«¡Qué lugar podía ser mejor!», había pensado Borja cuando Gonzalo le propuso ir a una discoteca con bellas vistas al mar.

El grupo lo formaban cuatro amigos: Abraham, Borja, Albert y Gonzalo. Aunque no habían tenido demasiada relación antes de Bachillerato, los proyectos compartidos durante esos años los habían unido profundamente.

La tarde de Gonzalo había sido frenética y provechosa. Por un lado, había estudiado para los exámenes finales de primero de carrera que tenía en unas semanas, y, además, había aprovechado para enviar mensajes a varias chicas con la intención de que se unieran a la fiesta.

Había quedado con Borja Dumont a las nueve y cuarto. Su amigo, que acababa de aprobar el examen práctico del carné de conducir hacía apenas un par de semanas, estaba emocionado por enseñarle el coche que le habían regalado sus padres. Aunque a Gonzalo no le hacía mucha gracia que condujera esa noche, sabía lo importante que era para Borja, así que aceptó sin objeciones.

Entre el estudio y los mensajes, el tiempo voló. A las ocho de la tarde, Gonzalo se apresuró a ducharse. Eligió una camisa blanca de cuello chino, pantalones de lino color crema y unos mocasines ne-

gros con plataformas que lo hacían parecer más alto. Desde niño, Gonzalo había tenido un trauma con su estatura. Con su metro cincuenta y nueve, las plataformas eran su estrategia para disimular su baja estatura, aunque el efecto era algo ortopédico.

El sonido del telefonillo interrumpió sus pensamientos. Borja ya estaba allí. Melisa, la madre de Gonzalo, abrió la verja y bajó para admirar el nuevo coche de Borja mientras esperaba a su hijo, que se peinaba con esmero, desenredando su melena castaña clara, secándola con cuidado y aplicando espuma para darle volumen. Finalmente, cogió su gabardina *beige*, una herencia de su padre, y bajó las escaleras.

Cuando abrió la puerta, se quedó perplejo. Aunque ya había visto el coche en fotografías, verlo en persona era impresionante.

—Es espectacular —comentó mientras daba una vuelta alrededor del Mercedes-Benz—. Creo que tus padres han acertado claramente.

—Bueno —dijo Borja con una carcajada—. Aunque digan que fue una sorpresa, estuve pico y pala enseñándoselo continuamente.

Ambos rieron. Gonzalo sabía que Borja siempre conseguía lo que quería. No era caprichoso, pero, cuando algo le interesaba, era inquebrantable.

De repente, Melisa intervino:

—Pues a ver si le convences para que vuelva a intentar sacarse el carné —dijo con un tono punzante.

«La madre que la parió», pensó Gonzalo, mientras sentía que se iba sonrojando por segundos. Las palabras de Melisa, su madre, lo habían tocado en su punto más vulnerable. No había tema que le incomodase más que hablar de su incapacidad para conducir.

Había desarrollado un auténtico pánico a ponerse al volante después de una serie de experiencias desastrosas. Todo comenzó a los dieciocho años, cuando se presentó por primera vez al examen práctico del carné de conducir. Nervioso por naturaleza y consciente de las altas expectativas de su entorno, acumuló una serie de faltas leves que terminaron en un suspenso.

La segunda vez fue peor. Aunque había intentado prepararse mejor, el temor ya lo dominaba. Apenas llevaba tres minutos en el examen cuando, temblando de pies a cabeza, se saltó un ceda al paso, lo que resultó en un suspenso inmediato. La vergüenza que sintió al bajarse del coche ese día aún le quemaba en la memoria.

La tercera vez, sin embargo, fue la más traumática. Desde el momento en que encendió el motor, los nervios lo traicionaron. Todo se desmoronó cuando confundió el pedal de aceleración con el de freno mientras un peatón cruzaba por un paso de cebra. La profesora de la autoescuela tuvo que intervenir rápidamente con los pedales de seguridad para evitar una tragedia.

Ese día, al bajar del vehículo, tomó una decisión: no volvería a intentarlo. El miedo se había instalado en él de una manera que parecía imposible de superar. Durante años, evitó el tema por completo, apoyándose en taxis y conductores privados.

No fue hasta los veinticinco años que, tras una larga insistencia de Irene y un trabajo intensivo con un instructor especializado, logró superar el examen.

—Madre —murmuró Gonzalo con un tono frío—. Déjenos tranquilos, que Borja y yo tenemos una reserva para cenar en el Windsor.

—De acuerdo, hijo. Pasadlo bien.

Desde el interior de la casa, se escuchó un último consejo en tono elevado:

—¡Y no bebáis! Borja, sobre todo tú.

Gonzalo cerró la puerta con fuerza.

—¡Venga, vamos, que llegaremos tarde! —exclamó Borja al mirar su iPhone.

Ambos subieron al coche y comenzaron a avanzar por las tranquilas calles de la zona alta de Sarrià. A medida que avanzaban, los árboles del Parque Natural de Collserola se alzaban imponentes a ambos lados, proyectando sombras danzantes bajo la luz tenue de las farolas. El aire parecía más fresco en esa zona, impregnado del aroma terroso característico de la vegetación cercana. Las casas, muchas

de ellas mansiones escondidas tras altos muros y portones elegantes, se dispersaban a lo largo del camino, intercaladas con pequeñas rotondas que conectaban las sinuosas calles del barrio. El pavimento era impecable, reflejando el resplandor cálido de las luces urbanas. Gonzalo no podía evitar admirar cada detalle del interior del coche: las elegantes costuras, el volante deportivo y la transmisión automática. Era un coche diseñado con clase, perfecto para Borja.

A medio camino, Borja rompió el silencio:

—Hoy estaré solo en casa. Espero que los fichajes que dijiste valgan la pena.

—Tres chicas me han asegurado que vendrán. Ese será tu mejor regalo, sin duda.

Ambos rieron.

—Y Abraham y Albert, ¿por qué no vienen a cenar? —preguntó Gonzalo con cierta curiosidad—. Imagino que exámenes...

—Ya sabes cómo son sus padres; además, me han dicho que a las tres se irán. Pero bueno, ya sabes que a nosotros no nos hace falta nadie más para divertirnos. Tú sí que vendrás a casa después, ¿no?

—Sí, y más si traemos a chicas —volvió a bromear—. No te preocupes, vendré sí o sí.

Aunque Borja intentaba disimularlo, le entristecía que sus padres hubiesen preferido irse a su segunda residencia en Carcasona en lugar de pasar el fin de semana con él durante su cumpleaños.

—Gracias, eres un amigo de los que no quedan.

Lo que no esperaba ninguno de los dos era cómo iba a desenvolverse la noche, convirtiéndose en el peor recuerdo vivido en toda su vida.

En ese instante, Irene lo despertó suavemente, masajeándole el hombro.

—En quince minutos aterrizamos en Hong Kong.

CAPÍTULO TERCERO:

EL RAVAL

En el momento en que Irene y Gonzalo aterrizaban en el aeropuerto internacional de Hong Kong, Alexandra Stan salía apresurada de su diminuto piso alquilado en el barrio del Raval, en Barcelona. Pasaba algún minuto de las doce y media de la madrugada. Miró su reloj mientras cerraba la puerta, consciente de que llegaba tarde a su encuentro. Sabía que le esperaba una bronca monumental de su jefe.

Aceleró el paso, avanzando por las callejuelas estrechas, solitarias y poco iluminadas de la Ciudad Condal. Las sombras de los edificios se estiraban bajo el parpadeo intermitente de las farolas, y el eco de sus tacones resonaba en el silencio de la noche. Tras trotar durante dos minutos, llegó al callejón que buscaba, uno prácticamente indistinguible a primera vista.

Un cartel luminoso intermitente teñía de rosa fosforescente las fachadas de los edificios cercanos. Las letras, aunque deslumbrantes, parecían algo deterioradas por el tiempo: Deluxe Raval Show Girls Club. Aquella zona, aunque ahora tuviese cierto aire decadente pero funcional, guardaba un pasado mucho más oscuro. Siglos atrás, el callejón había sido utilizado como depósito para diseccionar y acumular cadáveres antes de su clausura a finales del siglo XIX. Desde entonces, los habitantes del barrio lo conocían como el *callejón de la muerte*.

A pesar de que el Raval no era una de las mejores zonas de Barcelona, el club gozaba de una reputación impecable entre la élite.

Era considerado uno de los prostíbulos más exclusivos del país, accesible solo para los más adinerados de la ciudad. Bajo el neón del cartel, esperando en la entrada del club, estaba Kliment, el fornido encargado del local. Su presencia imponía respeto.

Kliment no era un simple empleado; había sido escogido personalmente por el enigmático Rei, el mayor pez gordo del mundo de los prostíbulos en Barcelona. Se rumoreaba que Rei poseía todos los grandes negocios de alterne de la ciudad, pero pocos podían jactarse de haberlo visto en persona. Su anonimato era su fortaleza. Entre las sombras del callejón, dos hombres conversaban en voz baja mientras fumaban sendos puros de tripa larga. Parecían ajenos a lo que ocurría a escasos metros de ellos.

Alexandra se armó de valor y se dirigió hacia Kliment, aunque el miedo le hacía tambalear ligeramente sobre sus tacones. Con su metro cincuenta y cinco, parecía diminuta junto al imponente encargado. Tenía los ojos pequeños y oscuros, y sus labios gruesos, pintados siempre de un vibrante magenta, formaban una mueca de nerviosismo. Vestía un ceñido vestido negro con un pronunciado escote en forma de corazón que realzaba su figura. Un delicado colgante de yin y yang colgaba de su cuello largo y estilizado, pero solo llevaba la parte del yin. Sus zapatos morados, con tacones de diez centímetros, resonaban con cada paso inseguro que daba hacia Kliment.

Él, en cambio, era una fuerza de la naturaleza. Con sus dos metros de altura y su musculatura cincelada, intimidaba con solo su presencia. Su cabeza rapada reflejaba los parpadeos del cartel luminoso, y sus ojos azules, de un frío penetrante, parecían capaces de atravesar el alma. Cuando se enfadaba, sus pupilas se dilataban, amplificando esa sensación de amenaza.

En ese momento, sus pupilas se clavaron en Alexandra.

—¿Qué te piensas que es esto? —gritó Kliment, metiendo una mano en el bolsillo de su pantalón, buscando algo con evidente irritación—. No queremos a vagas como tú.

Los hombres que fumaban puros seguían conversando entre las sombras, ajenos al altercado. Kliment los miró de reojo, pero

rápidamente volvió a centrarse en Alexandra, rebuscando con ansia en sus bolsillos.

—Lo siento mucho —murmuró ella, apenas audible, mientras bajaba la mirada.

«He estado estudiando durante todo el día, no doy más de mí», pensó Alexandra, aunque sabía que no valía la pena intentar justificarse.

—Es la última oportunidad que te doy —exclamó, sacando finalmente un mechero de su bolsillo. Encendió un cigarrillo Winston y exhaló el humo con fuerza—. Aceptamos que trabajases aquí porque creíamos que valías para esto, y ahora resulta que eres una inútil.

Alexandra tragó saliva mientras un puchero asomaba en sus labios magenta. Sabía que no tenía por qué soportar ese trato, pero estaba desesperada. Necesitaba encontrar algo allí, y estaba dispuesta a soportar lo que hiciera falta para conseguirlo.

Haría todo lo que estuviera en sus manos.

CAPÍTULO CUARTO:

RECUERDOS

Gonzalo e Irene apenas tuvieron que esperar hora y media para embarcar en el avión que los llevaría al Aeropuerto de El Prat de Barcelona. Comparado con las largas horas anteriores, una espera de noventa minutos les pareció casi insignificante. Apenas tuvieron tiempo de comprar un tentempié antes de regresar apresuradamente a la puerta de embarque.

Para Gonzalo, aquello fue un alivio. Desde el vigésimo primer cumpleaños de Borja, le resultaba insoportable quedarse quieto sin que esos recuerdos asaltaran su mente. Por esa razón había comprado diazepam, decidido a escapar de sus pensamientos durante el vuelo.

Ya en el avión, reclinado en su asiento de clase *business*, Gonzalo observó cómo tres azafatas repartidas en los extremos y el centro de la cabina realizaban las típicas explicaciones de seguridad.

No podía importarle menos.

Colocó los auriculares en sus oídos y encendió su tableta de última generación. Abrió la carpeta de las películas descargadas. No tuvo que pensar demasiado. *Pulp Fiction*, uno de sus largometrajes favoritos. Disfrutó cada escena, cada diálogo, durante casi tres cuartos de hora, hasta que el cansancio comenzó a vencerlo. Sintió sus párpados pesados y, en un acto mecánico, retiró los auriculares, enrollándolos con cuidado antes de colocarlos, junto con la tableta, sobre las rodillas de Irene, que ya descansaba profundamente a su lado.

Por fin, encontró la comodidad suficiente para cerrar los ojos.

Entró en la primera fase del sueño.

El miedo no tardó en volver a su cuerpo.

En su cabeza volvieron a aparecer los recuerdos de aquella fatídica noche. Hacía ocho años y se encontraba en el cumpleaños de su mejor amigo, Borja Dumont.

Después de degustar una cena en el Windsor, se dirigieron al hotel Vela en el deportivo de Borja Dumont. Aunque su amigo parecía tener ganas de salir de fiesta, Gonzalo lo sentía cabizbajo. Podía imaginar el motivo, pero prefirió no sonsacarle nada.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes.

—Ya sabes que, si necesitas contarme algo, aunque sea solo para desahogarte, puedes hacerlo. Para eso estamos los amigos.

Borja Dumont apartó la mirada de la carretera un instante para lanzarle una mirada de complicidad y asentir con la cabeza.

—Creo que mis padres no me quieren —confesó tras una pausa—. Hago todo lo que necesitan, intento pasar tiempo con ellos, pero siempre tienen mejores cosas que hacer. Organicé esta cena en el Windsor hace un mes, y tres días antes me dicen que van a pasar el fin de semana fuera. —La tristeza nubló sus facciones—. Siento que fui un error en sus vidas, como si nunca hubieran querido tener hijos.

Gonzalo de la Torre se quedó perplejo. Jamás había visto a su amigo tan afectado, abriéndose de esa manera. Borja, tan reservado, solía guardarse sus sentimientos para sí mismo. Le acarició el brazo, intentando reconfortarlo, aunque no encontró las palabras adecuadas para responder. Optó por cambiar el tema de forma disimulada.

—Bueno, ahora toca disfrutar. Nada nos va a privar de una noche épica.

Borja asintió, esbozando una sonrisa claramente forzada.

En quince minutos llegaron al hotel Vela. Un aparcacoches se acercó y, con amabilidad, les pidió que bajaran del vehículo. Borja

le entregó las llaves, ambos se dirigieron hacia la entrada principal. A pesar de las impresionantes vistas del paseo marítimo cercano, la zona no era precisamente segura. El lugar estaba marcado por el tráfico de drogas, la violencia y la prostitución, siendo una de las áreas más conflictivas de Barcelona.

Cerca de la puerta principal del hotel ya esperaban Abraham y Albert, inseparables como siempre. Su relación era similar a la que Gonzalo compartía con Borja. Tras saludarse, comenzaron a charlar sobre la universidad y las ganas que tenían de terminar la carrera. Gonzalo, sin embargo, se aburría con esa conversación. Había comenzado recientemente sus estudios y sentía que iba rezagado en comparación con ellos, que estaban a punto de acabar tercero de ADE y Derecho.

Miró su reloj.

«Las doce y cuarto».

—Deberíamos ir subiendo ya, ¿no? —sugirió, señalando con dos dedos la muñeca izquierda, donde llevaba su reloj.

Aunque estaban a gusto charlando abajo, todos accedieron a subir. Nadie se atrevía a contradecir a Gonzalo; cuando quería, podía ser intimidante, incluso cruel.

Al llegar al Club Eclipse, situado en la planta 26 del hotel Vela, fueron recibidos por un vibrante ambiente de fiesta. El DJ pinchaba música *house*, mezclando en el aire los aromas dulzones del *whisky* y el tabaco que impregnaban la sala. No pudieron resistirse a acercarse a los grandes ventanales, donde se deleitaron con las impresionantes vistas del mar y la playa de Sant Sebastià, bañadas por la tenue luz de la luna.

—El hotel Vela está situado en una de las zonas más privilegiadas y exclusivas de Barcelona. Desde aquí se puede ver tanto la ciudad como la costa —explicó Albert mientras señalaba las enormes ventanas que rodeaban la sala—. Toda la zona exterior está cubierta por ventanales que ofrecen una vista espectacular de la Ciudad Condal.

—No somos guiris —bromeó Gonzalo con su habitual tono cortante—. No hace falta que nos hagas de guía turístico.

Albert, incómodo por el comentario, se tomó un momento para respirar hondo y evitar que la situación degenerara, especialmente en el cumpleaños de Borja.

«Esto es precioso», pensó Gonzalo, la luz de la luna iluminaba su rostro con un brillo sereno que contrastaba con la agitación que solía caracterizarlo.

—¿Podemos sentarnos aquí? —preguntó, señalando con entusiasmo un conjunto de modernos sofás de diseño minimalista.

Sin rechistar, todos se dirigieron a los asientos, excepto Borja, que permaneció de pie.

—¿Qué queréis de beber? —preguntó, mirando al grupo. Sin esperar respuesta, se adelantó—. ¿Os apetece que pida una botella de Brockmans con tónica para preparar unos *gin-tonics*?

Los demás asintieron, agradecidos por la iniciativa. Borja, ansioso, se dirigió al bar antes de que llegara el camarero.

Cuando regresó, se sentó junto a Gonzalo, moviéndose con nerviosismo.

—Y las chicas, ¿cuándo llegan? —preguntó, bajando la voz como si temiera que el resto pudiera oírlo.

—Les acabo de mandar un mensaje —respondió Gonzalo, levantando su móvil para mostrárselo—. Te noto inquieto.

—Perfecto. ¿Conozco a alguna?

—Sí, a Laura. ¿Te acuerdas? La chica con la que estudié hasta cuarto de la ESO. Hemos mantenido el contacto. Está bastante bien, creo yo —añadió Gonzalo mientras le enseñaba un par de fotografías en su móvil.

Abraham y Albert se acercaron con curiosidad para mirar las fotos. Los tres asintieron al unísono en señal de aprobación.

—Pues sí, está muy bien. ¿Y sus amigas? —insistió Borja.

—No las conozco —respondió Gonzalo con cansancio—. Son amigas de Laura, no he tenido el placer de conocerlas aún.

—Espero que no sean igual de feas que tú —bromeó Albert, señalando a Borja.

Las risas rompieron la tensión en el grupo justo cuando el camarero llegó empujando un carrito. Sobre este descansaba una botella de Brockmans, ocho botellas de tónica Nordic de cristal y cuatro vasos de balón.

—Ahora les traigo el hielo —informó el camarero antes de retirarse hacia la barra.

Antes de que pudiera regresar, Borja ya estaba llenando su vaso. Sirvió tres cuartas partes de ginebra y solo un toque de tónica.

—¿A dónde vas con eso?! —exclamó Abraham, riendo a carcajadas.

—Esto es agua para mí —respondió con total seriedad antes de darle un largo trago.

La respuesta provocó otra ronda de risas, incluso por parte del camarero, que acababa de volver con el hielo.

—Otro trago como ese y creo que podrías unirme a Brad Pitt y Edward Norton para grabar la escena del golf en *El club de la lucha* —comentó Albert, con su habitual pasión cinéfila.

Borja, entusiasmado, se levantó y simuló que sostenía un palo de golf, lanzando un golpe imaginario con una postura teatral.

Todos rieron con ganas, salvo Gonzalo, que seguía abstraído mirando su teléfono móvil.

—No desentonarías en absoluto —añadió Abraham mientras mezclaba su primer *gin-tonic*.

—¿Creéis que es cierto? —preguntó Borja, aún de pie—. Eso de que se emborracharon para grabar aquella escena.

—No exactamente —explicó Albert, adoptando un tono de experto—. Según algunos rumores, entre tomas, Brad Pitt y Edward Norton se entretenían lanzando pelotas de golf al vehículo de *catering*. Al parecer, iban algo bebidos, y el director, David Fincher, que era un genio improvisando, escribió esa escena para que replicaran lo que ya estaban haciendo, pero delante de las cámaras.

Gonzalo interrumpió la conversación alzando su móvil con entusiasmo.

—Mira, me han contestado —anunció—. Dicen que llegan en dos minutos.

Borja se puso muy nervioso, se dejó caer sobre el sofá justo antes de apurar de un solo trago el *gin-tonic* que sostenía en la mano. Era el amigo al que más le costaba relacionarse con chicas. Jamás había tenido ningún tipo de relación, aunque no le faltaban pretendientas. Su físico era notable: un joven alto, de cuerpo armonioso, tez morena y ojos marrón claro. Su complexión delgada se veía definida por unos abdominales marcados. Pero su problema no era su apariencia, sino su mente: una inseguridad profundamente arraigada le hacía dudar de sí mismo. Para él, el alcohol era la única herramienta que lograba relajarle lo suficiente como para mantener una conversación sin que su voz temblara o se sintiera expuesto.

«Esta será mi noche», pensó con determinación mientras volvía a llenar su vaso de ginebra y un leve toque de tónica. Ya iba por su tercer *gin-tonic*, y los efectos empezaban a notarse: sus movimientos eran algo torpes, y sus comentarios, más dispersos.

Pasaban dos minutos de la una de la madrugada cuando, entre las luces tenues del club, vieron a tres chicas acercarse a saludarlos. Laura, una conocida de Gonzalo, fue la primera en dar el paso. Su cabello castaño oscuro brillaba bajo las luces del club, cayendo en ondas sobre sus hombros. Vestía un sencillo pero elegante vestido negro que resaltaba su figura, complementado con un par de tacones bajos que le daban un aire relajado pero sofisticado. Su sonrisa franca y segura irradiaba confianza.

—Estas son Carla y Ester —dijo Laura, haciendo un gesto hacia sus amigas, que se mantenían un poco detrás de ella.

Carla avanzó con un aire desenfadado. Su coleta alta y rubia reflejaba su energía juvenil, mientras que su vestido rojo, ajustado pero discreto, denotaba un gusto refinado. Ester, en cambio, era más reservada; su vestido azul marino era sencillo, pero sus ojos verdes llamaban la atención incluso en la penumbra. Ambas chicas saludaron al grupo con cortesía, aunque Ester parecía algo incómoda al principio, observando el entorno con discreción.

—¡Encantado de conoceros! —exclamó Gonzalo, tomando la iniciativa. Se acercó para dar dos besos a cada una y se aseguró de que todas se sintieran bienvenidas.

Borja, sin embargo, se mantuvo en su sitio, bebiendo nerviosamente. Cada vez que intentaba decir algo, su voz temblaba o sus palabras parecían salir enredadas. Para calmarse, se sirvió otro *gin-tonic*, esta vez casi sin tónica.

El grupo se sentó y comenzó a charlar. Laura lideraba la conversación con naturalidad, mencionando anécdotas compartidas con Gonzalo. Carla también participaba activamente, mientras Ester se limitaba a asentir y aportar comentarios puntuales.

—Y vosotras, ¿de qué os conocéis? —preguntó Abraham con una sonrisa abierta.

—De la universidad —respondió Carla, con un gesto de complicidad hacia sus amigas—. Desde primero de carrera hemos coincidido hasta ahora. Nos apoyamos mucho, especialmente en época de exámenes.

—¿Qué estudiáis? —intervino Albert, fingiendo interés mientras miraba a Carla.

—Medicina, en la Universitat Pompeu Fabra —contestó ella con orgullo.

Albert asintió con fingida admiración.

—Definitivamente sí que es una hazaña. Ragnar Lodbrok sería un simple campesino a vuestro lado —bromeó, arrancando risas en el grupo.

Pero entonces Borja, con el vaso medio vacío en la mano, decidió interrumpir:

—¡Qué dura carrera, eh! —dijo con un tono entre burlesco y desinhibido—. Para luego acabar recetando pastillas de colesterol a ancianos con demencia.

El comentario cayó como un jarro de agua fría. Las chicas intercambiaron miradas incómodas, mientras los demás intentaban disimular la tensión. Gonzalo se apresuró a cambiar de tema, pero el daño ya estaba hecho. Borja, ajeno a las reacciones del grupo, seguía bebiendo.

A medida que avanzaba la noche, las conversaciones se dividieron en pequeños grupos. Gonzalo y Carla se encontraron charlando con entusiasmo sobre viajes, Ester hablaba tímidamente con Abraham, y Laura parecía disfrutar de la atención de Albert. Borja, sin embargo, permanecía en su burbuja, con la mirada perdida en su vaso de ginebra.

A las tres menos diez, el padre de Albert llegó para recoger tanto a su hijo como a Abraham. Las chicas, a pesar de que Carla parecía interesada en seguir hablando con Gonzalo, también decidieron marcharse. La insistencia de sus amigas fue suficiente para que cediera.

Gonzalo y Borja se quedaron solos. El ambiente se sentía pesado, cargado de silencios que ninguno parecía saber cómo llenar. Borja permanecía sentado, inclinado hacia delante, con la cabeza baja y los ojos entrecerrados.

—¿Por qué siempre hago el ridículo? —balbuceó finalmente, con la voz quebrada por el alcohol—. Soy un estúpido, de verdad.

Gonzalo suspiró, buscando una respuesta que no fuera demasiado dura ni paternalista.

—Bueno, digamos que no ha sido tu mejor noche —comentó con un intento de ligereza.

No respondió. Permaneció en la misma posición, inmóvil, como si el peso de la noche lo hubiera aplastado.

—Cuando te baje el alcohol, nos vamos a tu casa, si quieres —propuso Gonzalo tras un largo silencio.

—Vamos ya.

Al segundo, empezó a tambalearse.

—No puedes conducir así —insistió Gonzalo, agarrándolo firmemente por debajo del hombro para intentar que se volviera a sentar.

—¡Que me dejes! —exclamó, apartando su brazo de un golpe—. Yo me voy ya; si quieres venir vienes y, si no, te quedas aquí.

Se dirigió hacia el ascensor como pudo, sus pasos erráticos revelando la cantidad de alcohol que había ingerido. Gonzalo lo si-

guió, tenso. Temía que realmente se pusiera al volante, pero lo que más pánico le daba era dejarlo solo en aquella zona de Barcelona durante la madrugada. Con lo borracho que estaba, podía hacer cualquier estupidez.

Ambos bajaron por el lujoso ascensor y, al llegar al vestíbulo, Borja pidió su coche. En menos de dos minutos, el personal del aparcamiento ya había sacado el Mercedes del garaje. Se subió al asiento del conductor sin dudarlo, y Gonzalo, con el corazón encogido, se acomodó en el asiento del copiloto.

Avanzaron por el largo paseo Juan de Borbón, la carretera desierta salvo por algunos taxis y coches ocasionales.

—¡Quita las largas, imbécil! —chilló Borja mientras hacía gestos obscenos con ambas manos.

—Es una farola —respondió Gonzalo, llevándose una mano a la frente con desesperación—. Madre mía, cómo vas...

No distinguía ni las luces de los coches de las de las farolas; todo lo deslumbraba, todo le molestaba. Gonzalo, aterrado, mantenía ambas manos firmemente agarradas al asa del techo, sin apartar la vista de los movimientos erráticos de su amigo.

Cuando Borja giró hacia un estrecho y oscuro callejón, apenas iluminado, Gonzalo sintió cómo su cuerpo se tensaba aún más. La visibilidad era pésima, y la velocidad de Borja, aunque no excesiva, era suficiente para causar problemas. Sus movimientos se volvieron más torpes; los ojos se le cerraban y, en un momento de fatiga, soltó el volante.

El coche empezó a serpentear peligrosamente de un lado a otro, golpeando los bordillos. Gonzalo, presa del pánico, se abalanzó hacia la izquierda y sujetó el volante con ambas manos.

—¡Frena! —gritó, su voz quebrándose por la angustia.

Borja abrió los ojos de golpe, reaccionando justo a tiempo para pisar el freno con fuerza. Las ruedas chirriaron sobre el asfalto, dejando marcas visibles.

Borja, visiblemente afectado por el susto, abrió la puerta del conductor y se bajó tambaleándose.

—Llévalo tú —le dijo con voz apagada, incapaz de mirar a su amigo a los ojos.

Gonzalo no respondió. Simplemente asintió y se deslizó al asiento del conductor, aún temblando por lo que acababa de suceder. Ajustó el asiento, el espejo retrovisor y los laterales. Sabía que lo que estaba a punto de hacer era ilegal, pero no tenía elección. El Mercedes, al ser automático, no requería demasiado esfuerzo técnico, solo debía estar atento del entorno.

Mientras avanzaba lentamente por el callejón, una sensación de nerviosismo lo invadió. No era para menos: sabía que estaba cometiendo un delito grave. El artículo 384 del Código Penal, que había memorizado para sus exámenes de Derecho Penal, retumbaba en su mente como una sentencia de condena.

Sin embargo, con cada metro que recorría, su ansiedad disminuía. Empezaba a sentirse cómodo. Y relajarse era un error.

El navegador del GPS indicaba que estaban a diez minutos de la casa de Borja, en Sant Gervasi. Su amigo, exhausto y borracho, dormía profundamente en el asiento del copiloto, roncando ruidosamente. Gonzalo, por su parte, comenzaba a disfrutar de la conducción.

«Qué sencillo es conducir por autopista», pensó, lanzando una mirada fugaz a su amigo dormido.

Pero el cansancio empezó a hacer mella en él. Para mantenerse despierto, bajó las dos ventanillas delanteras, dejando que el aire frío de la noche lo golpeará en la cara. Ya veía los carteles que señalaban la salida hacia Sant Gervasi. Estaba tan cerca de llegar que se permitió relajarse por completo.

Entonces ocurrió.

Una mujer apareció de repente cruzando un paso de peatones. Gonzalo la vio tarde, demasiado tarde. Su reacción fue instantánea, pero equivocada. Pateó el pedal con fuerza, pero en su confusión pisó el acelerador en lugar del freno.

El impacto fue brutal.

La mujer fue lanzada varios metros hacia adelante; su cabeza golpeó el asfalto con un sonido seco y espantoso.

Sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda.

El coche se detuvo en seco.

No sabía cuánto tiempo había pasado ni dónde estaba exactamente. Todo a su alrededor parecía borroso. Entonces, Borja abrió los ojos, desorientado, mirando a su amigo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz pastosa.

Gonzalo no respondió.

Permanecía inmóvil, temblando. Miró hacia abajo y vio que se había orinado encima. La vergüenza y el horror lo paralizaban.

—¡¿Qué pasa?! —repitió Borja, esta vez con un tono más alarmado—. Me estás asustando.

—Acabo de atropellar a una mujer —susurró Gonzalo, con la voz quebrada, como si cada palabra fuera un cuchillo clavándose en su pecho.

Borja salió del coche de inmediato, tambaleándose hacia el lugar del impacto. La mujer yacía en el suelo, rodeada por un charco de sangre. Su cuerpo estaba inmóvil, retorcido en una posición antinatural.

Se acercó, su corazón latiendo con fuerza.

—Oiga, ¿está bien? —preguntó, dándole pequeños golpecitos en el hombro.

No hubo respuesta.

Con cuidado, giró el cuerpo de la mujer para mirarla de frente. Parte de su piel quedó pegada al asfalto. Su rostro estaba desfigurado, irreconocible.

Borja giró lentamente la cabeza hacia el coche, buscando la mirada de Gonzalo, que seguía inmóvil dentro del vehículo.

—Gonzalo... Esta mujer está muerta.

